

# Autocrítica

## MARCO AURELIO CARBALLO

**L**a reunión con aquel grupo de estudiantes mantuvo inalterable una constante asombrosa, nadie quería hacer preguntas. Ante mi insistencia uno de ellos se animó. Aquella reacción de negarse a intervenir podía haber sido hormonal o digestiva. Me he hecho el propósito de porfiar la próxima vez para que tímidos o inseguros se lancen al ruedo. También de someterme a un autoanálisis porque tengo esas dos características y algunas otras. Otras en el sentido de peor.

Reunidos con universitarios a punto de recibirse de periodistas, a fin de tratar el tema del periodismo cultural, el profesor entró al quite y planteó media docena de preguntas. Su intervención permitió redondear la charla para beneficio, supuse, de los alumnos de la Universidad Metropolitana, campus Xochimilco.

René Avilés Fabila, el profesor, comentó que a él también le llamaba la atención que los alumnos guardaran silencio en el apartado de preguntas y respuestas. A veces los alumnos tampoco preguntan al final de las pláticas sobre literatura, sean o no sean estudiantes de

la especialidad. Sucede incluso en los Talleres de Narrativa. Pero que los futuros periodistas no planteen preguntas resulta grave.

Hay excepciones. Un grupo como de cincuenta estudiantes de tercer año de secundaria me planteó cierta vez como un centenar de preguntas. El grupo estaba a cargo de Alma Rosa Ramírez de Aguilar, economista y profesora. Todos preguntaron una vez y varios de ellos muchas veces.

Un poco para que se sintieran menos mal en la UAM-X, de haber sido así, les conté que di un taller de redacción en un diario de bastante antigüedad. La mayoría de los reporteros, quienes aparecían todos los días firmando las notas periodísticas, ¡tampoco hacían preguntas!

Uno de ellos comentó que le era imposible abandonar el uso de los adjetivos porque así lo demandaba el jefe de redacción. Increíble. En periodismo, le dije al compa, el uso y el abuso de los adjetivos está en que “no” se reporte a fondo. Si el reportero investigara y descubriera que un tipo ha sido escabechado de cincuenta y siete puñaladas aquél no tendría que calificarlo de “cruel asesino”. Quizá el jefe sí, en el titular, en la

cabeza, con lo cual se atrae y atrapa al lector. Podría incluso hasta redondear a sesenta el número de piquetes.

Es posible que el principio de mi plática hubiera suscitado escozor. Les dije que las notas informativas estaban llenas de paja en casi todas las secciones culturales de los periódicos. Al terminar de leerlas descubría que siempre faltaban respuestas a las seis preguntas clásicas para integrar la nota informativa completa. Quién sabe cuáles eran los motivos. La falta de rigor podía obedecer a que el encargado de la sección fuera un improvisado o un inexperto.

Les hablé también de otro problema. Jefes y reporteros desconocen la existencia de los géneros periodísticos. Bastaría con que supieran cuáles son, sin que los dominaran, para impartir bien las órdenes, en el caso de unos, y para cumplirlas sin dilación, en el caso de los otros. Ya nadie sabe redactar una entrada múltiple cuando efectúa una encuesta. Una encuesta periodística,



Esther González

reporteada, no las encuestas hechas por actuarios en época de elecciones.

He tratado a reporteros que entrevistan a escritores cuando publican un libro, les dije a los de la UAM-X. Pero al redactar la plática tienen la osadía de emitir opiniones críticas sobre el libro. Desde luego ni son reporteros ni son críticos. Algo así como un burro con dos cabezas: la del asno y la de una chachalaca.

Al recordar en el momento del reporte el qué, quién, cuándo, dónde, cómo y porqué, les dije, tendrían avanzado el camino en buena medida. Lo mismo si dis-ciernen entre una crónica y un reportaje.

Cuando llegan a los periódicos dispuestos a trabajar desde abajo, el aprendizaje del oficio práctico es más rápido. La humildad ante el oficio, como lo postulaba Ricardo Garibay, sería de gran ayuda. No la humildad con los mamacallos de la política cultural, sino con el reporte y la redacción en el trabajo. Dominado el asunto se puede actuar con un sólido orgullo por el oficio y sin mamonerías. El oficio más lindo del mundo, dicen muchos.

Quizá la vehemencia de mi parte y que no haya aprendido todavía a andarme por las ramas y a ponerme la delicada careta del meliflúo, inhibieron a ciertos alumnos. Los otros, el resto, bien podría haberse dicho, si a éste güey le pregunto algo seguirá con los sermones.

René Avilés Fabila salvó primero a los alumnos con sus atinadas preguntas y quizá al invitado. Quizá porque ¿quién diría que tengo remedio? Entre más viejo más libre, ha dicho Saramago, y entre más libre más radical. Debo atribuirle a él la frase mientras no lo acusen de habérsela plagiado como su novela ésa de los muertos.

El infierno sin whisky

El contador Ramírez me dijo que si aceptaba aquella cantidad en ese mismo instante extendía el cheque.

Sentí un abatimiento extremo y como ocurre cuando uno muere, dicen, desfilaron ante mí, no mis siete vidas, mis deudas completas. Quise traer a la mente la retahíla de argumentos rumiados esos días. Aturdido, no pude. Me quedaba el recurso de regatear. Oiga, usted, déme siquiera cincuenta por ciento, pude haberle dicho. Pero ¿había aprendido a regatear? Jamás. Aunque me encantan los mercados prefiero en ese aspecto el súper, porque ahí lo que cuesta tanto, cuesta tanto, punto y se acabó. Mejor pensé en algo agradable. ¿Cuántas botellas de whisky podía comprar con mi porcentaje del porcentaje?

Fue cuando le dije que sí, que sí aceptaba el cheque. Venga lo que apareció de lo perdido. Iba a depner las armas después de dos semanas de resistencia a una guerra psicológica en mi contra. Escribiendo, había aprendido a ponerme en los zapatos de otros. Quién sabe qué iban a hacer ellos con mi setenta y cinco por ciento restante. Podía imaginarlo, mas ¿para qué torturarme? Llegué a ese frente de batalla a base de gran esfuerzo, recordé, y no menos desgaste. Así que salía de ahí vivo con mi cheque o me sacaban con los pies por delante. ¿Qué importaba el monto? No quise visualizar qué hubiera hecho yo si el contador aquél, estresado, uñas recortadas más allá de lo normal, me hubiera ofrecido nomás diez por ciento? Me le lanzo, aullando, al pescuezo.

Todo empezó como un sexenio atrás. Me pidieron una remembranza de mi paso como reportero por Excélsior (1968-1976). Enseguida me invitaron a ser colaborador. Ahora reporteaba la vida, les dije. Podía colaborar con mis Turbocrónicas. Bien. Pero no iban a pagarme sino hasta cuando el “muerto” reviviera. Estuve de acuerdo. Teclée para ellos como tres años, dos textos a la semana. El fiambre no reaccionaba.

Un día la cooperativa suspendió a Armando Sepúlveda Ibarra, el director que me había invitado. Aproveché para despedirme. Iba a empezar a escribir mi

octavo mamotreto. Deseaba acuartelarme y teclear el borrador. Al diablo las distracciones, incluidas las Turbo. El trago no. Lo último que hice fue soñar con que, si me pagaban, podía tener un coche austero y una computadora nueva.

Pasaron como dos años. Cuando tenía bien cimentado el octavo mamotreto, reinicié las Turbos en el Diario del Sur y en el Heraldo de Chiapas, así como en el semanario Punto y aparte y en el mensual Universo de El Búho. Un día el reportero Vicente Bello me pasó el tip de que la cooperativa estaba pagando. La cita era en una bodega oscura sin plafón, de Donato Guerra 12. Una veintena de articulistas agolpados exigía a gritos ser atendida. Se hizo una lista. Se hicieron dos y hasta tres listas. El desorden continuó. Había catedráticos, filósofos, economistas, abogados lucubrando sobre si cobraban o no cobraban.

Se corrió el rumor de que iban a pagar sólo la mitad. La China María Luisa Mendoza lo corroboró pero ella se dio por bien pagada. Otro periodista, cheque en mano, increpó al contador Ramírez. Por eso hundieron Excélsior, le dijo. Por zánganos, “josdesu-malvivir”... Ramírez puso cara de y yo ¿por qué? Luego se mordisqueó las uñas.

Había que llevar fotocopias de las colaboraciones. De ¡ciento cincuenta! en mi caso. Más una docena de planas enteras de otra colaboración titulada “Polvo de estrellas”. Además era necesario estar en las nóminas. Al articulista que increparía al contador lo hicieron volver al día siguiente por su cheque pues no llevaba fotocopia de su credencial de elector. Pero tuvo que esperar cuatro horas porque no estaba anotado en ninguna de las tres listas de la recepción. Firmado y autorizado cualquier cheque, el contador bajaba de prisa y salía de la bodega a sacarle fotocopia en una cerrajería próxima. Así que en mi turno me dije de lo perdido lo que aparezca, si bien odio los lugares comunes y las frases hechas.

Una vez abajo no quise desalentar a los colegas diciéndoles que el dinero estaba acabándose y que sólo iban a pagar veinticinco por ciento. Tampoco les dije que estaba a punto de llegar “el liquidador”. Entonces ya no iban a pagarme a nadie ni siquiera uno por ciento. ¿Liquidador? También odio la jerga, los tecnicismos de los profesionistas.

Mejor me entretuve calculando cuántas botellas de whisky podía comprar con mi porcentaje del porcentaje. Como cincuenta, de tres cuartos de litro cada una, y media tonelada de pistaches. El resto de los bilimbiques le tocaría a Petunia. Ella administra la casa y va al súper y se niega a comprarme el whisky. No quiere alentar en mí, argumenta, nada que me lleve antes de tiempo al noveno círculo del infierno. Ahí van a parar los teclados irredentos, incapacitados por el ADN a alinearse por la derecha o por la izquierda. Es donde seguimos escribiendo, dicen, en tanto nos achicharramos una eternidad, y sin jaiboles.

Maldición kafkeana

Hay algo peor a que un bribón se haga pasar por uno a fin de cobrar una “aviaduría” en cualquier oficina de gobierno o de partido político. El tema de la sustitución de la identidad es tan antiguo como la corrupción misma. Ahora cualquier pirata diestro clona tarjetas de crédito y arruina al tarjetahabiente. A mí me han robado varias veces la identidad. Desde luego en menor medida que a Juanga o que al Santo. Según el sapo... etcétera. Ejemplo, un colega estaba cenando a dos carrillos en un restaurante de cinco tenedores del puerto de Veracruz. De pronto me vocearon. Mi amigo puso atención. Quería verme.

Un tipo llegó a contestar el teléfono del restaurante. Se trataba de un prieto, como yo, pero chaparro y nalgón. Mi amigo investigó aquí y allá. Se trataba de una gira del presidente del PRI. Yo aparecía en las listas como reportero de Siempre! Por supuesto durante esos días y en esas horas estuve en el DF atizando mi neurosis con



Guadalupe Rosas

el esmog y con la vida agitada y loca de la gran urbe. Para redondear la estafa, un fotógrafo de Siempre! me dijo que yo figuraba en la “talis” de reporteros acreditados en ese partido. Debía presentarme y protestar pues alguien cobraba por mí esa aviaduría. Aviaduría es el vocablo más difundido pero en la jerga periodística es embute o chayote.

Ahora acabo de enterarme de que una prestigiada organización política tapachulteca tuvo acceso a una lista de aviadores de la presidencia municipal. La iban a dar a conocer en cualquier momento. Dicen que yo aparezco en esa lista. Lo primero que pensé fue decirle a mi informante que me la hiciera buena. Pero sólo dije que estaba habituado a esa clase de prácticas.

El Taller de Narrativa de Tapachula que yo coordino es un acuerdo suscrito entre el Coneculta y el Ayuntamiento. El Coneculta me paga un sueldo y el pasaje para que yo imparta ese Taller cada mes en la Casa de la Cultura de Tapachula. El municipio cubre dos noches de hospedaje y seis alimentos. Debido a que suelo comer en La Mesa Redonda y no ceno entonces el consumo se reduce en promedio a dos desayunos...

He visto pasar dos administraciones municipales priístas tapachultecas y la actual, panista. Con las dos primeras tuve experiencias siniestras. El encargado de la Casa de la Cultura me decía a veces, tú ven y ya veremos cómo le hacemos, porque no me autorizan ni siquiera el vale de gasolina de mi coche para ir por ti al aeropuerto. Sucedió que esos dos ayuntamientos priístas me quedaron a deber seis noches de hotel y dieciocho alimentos. Cuando llegó el segundo, el tesorero priísta dijo que ellos no iban a pagar deudas del anterior, y así...

En cuanto a la supuesta lista de aviadores del actual municipio, le dije a mi informante que yo des-

creo de que un gobierno panista necesite abultar la plantilla de pilotos. Unos pilotos que no vuelan y otros ¡apócrifos! por añadidura. Esas eran trapacerías del PRI y del pleistoceno. En pleno siglo XXI los políticos deben disponer de mejores recursos mentales para inflingirles pellizcos al presupuesto. Cuando se divulgó el rumor de la lista de aviadores, en marzo, el ayuntamiento sólo pagó mi hospedaje. ¿Cómo podía estar yo al mismo tiempo en una lista de empleados que no trabajan? Hubiera sido una maldición kafkiana.

Hace días crucé los dedos para que apareciera en una lista, debo confesar. Era la nómina de colaboradores de Excélsior. Había publicado ciento cincuenta artículos durante tres años. Me los debían todos. Juanita Zúñiga me dijo usted no está en la nómina, no aparece... Como la noté estresada, le pedí que me dejara ver la “talis”. De pronto vi mi nombre y alborozado le dije aquí estoy. En las negociaciones perdí setenta y cinco por ciento, es decir, la cooperativa me pagó sólo veinticinco por ciento del total. De lo perdido lo que aparezca, dicen los colegas. Hay otro lugar común en el DF. Después de ser asaltado te dicen, cuando menos salvaste el pellejo.

Pero escribí al principio que debe haber algo peor. Digamos que alguien se haga pasar por uno, por mí, y que tenga una amante y la embarace. Enseguida que el tipo la liquide como sea, a tiros de escopeta, estrangulándola o defenestrándola desde la altura del Tacaná. Parece argumento de Woody Allen pero ¿y qué? La siguiente escena es que toquen a tu puerta y veas a dos judiciales, tal y como suelen presentarse ellos y te detengan acusado de doble homicidio. Se presentan con joyas por doquier y la fusca apuntando la barriga. ¿Es usted fulano de tal?, preguntarían. Sí, contestarías tú. “Pos” vas pa’ dentro, “jue-lachingá”... 🐾